

Proyecto y cuerpo en la modernidad

JORGE LÓPEZ LLORET*

Resumen: Entre las variadas vías de aproximación a la Modernidad, el autor propone aquella que siguen las reflexiones urbanística y filosófica. Según la misma, la modernidad cartesiana es un producto de la modernidad urbanística, la cual, a su vez, actúa retroactivamente sobre ella. Esto da lugar a unas concepciones determinadas sobre el proyecto, el cuerpo, la historia y la ciudad que definen gran parte de nuestro contexto vital.

Palabras clave: Descartes, Método, Urbanismo, Modernidad, Proyecto, Cuerpo, Historia, Espacio.

Abstract: Between the multiform paths of approximation to the Modernity, the author suggest the urbanistic way on union with the philosophical way. In this manner, the cartesian modernity is a product of the urbanistic modernity but, at the same time, the second puts it in action over the first. This gender a determinate conceptions of the proyect, the body, the history and the city that defines in great part our vital context.

Key words: Descartes, Method, Urbanism, Modernity, Proyect, Body, History, Space.

I. Introducción

Una de las vías más interesantes en la reflexión sobre nuestro tiempo parte, sin duda, de la reconsideración constante de la Modernidad, hayamos sido o no modernos alguna vez¹. El hecho de que se nos haya considerado, de un modo discutible y discutido, como «postmodernos»², avalaría el interés de cualquier reflexión medianamente seria sobre el tema, en tanto que la definición de postmodernidad pasaría necesariamente por la comprensión de la Modernidad. El referente del término «Modernidad» es, por otra parte, tan ampliamente complejo como lo es, en realidad, el referente de cualquier otro término histórico como, por ejemplo, «Renacimiento», «Helenismo», etc. Es precisamente gracias a este carácter complejo por lo que creemos en la viabilidad de las historias interdisciplinarias basadas en el conocimiento, lo más riguroso posible, de los diversos ámbitos relacionados (sólo convencionalmente segmentables). Por eso hemos desarrollado un discurso que se ubica en el punto de encuentro de la reflexión urbanística con la filosófica.

La Modernidad filosófica se remonta generalmente a Descartes, quien de un modo u otro habría cortado por lo sano el nudo gordiano de los procesos sincréticos que el Renacimiento heredó de la

* **Dirección de contacto:** Departamento de Estética e Historia de la Filosofía. Universidad de Sevilla. Avda. de San Francisco Javier s/n - Sevilla, 41005. Tf. 954 55 77 68

1 El tema de la Modernidad inexistente lo ha planteado recientemente, y de un modo convincente, B. Latour. Véase Latour, B.: *Nunca hemos sido modernos*. Madrid, Debate, 1993. No obstante, en el presente artículo aceptaremos aporoblemáticamente la existencia de la Modernidad en lo que se refiere a sus procedimientos técnicos y metodológicos, condiciones de posibilidad ineludibles.

2 Cf. LYOTARD, J.F.: *La condición postmoderna*. Madrid, Cátedra, 1989.

Edad Media. No obstante, creemos que hay un desfase con respecto al surgimiento de la Modernidad urbanística. Con este término no nos referimos sólo a las realizaciones en sí mismas sino, sobre todo, a las actitudes propuestas en torno a la proyección y la realización de espacios compartidos complejos. Esta actitud, unida a una serie amplia de realizaciones en el siglo XVII (para lo que aquí nos interesa, en el primer tercio de dicho siglo y en el último tercio del siglo XVI), era ciertamente análoga a la generalización del propio Descartes. Por eso, hemos querido rastrear el juego de las mutuas influencias que en estos siglos se han desarrollado entre el discurso filosófico y el urbanístico.

Este artículo presenta una tesis que no se agota en él (actualmente preparamos una segunda parte). La misma dice que, así como la Modernidad pasó del espacio agregado al espacio sistema, su devenir apunta a una reconsideración del valor de lo agregado. Eso supone filosóficamente una reconsideración hermenéutica de la tradición frente la proyectualidad moderna, que abordamos desde la centralidad del cuerpo y sus vinculaciones vitales. Por eso se comprenden de partida sus insuficiencias: no sólo se requiere un estudio más exhaustivo de las diversas propuestas y hechos, sino de campos cuya ausencia conlleva ya limitación y una cierta insuficiencia de la perspectiva. Así, por ejemplo, habría que tratar conjuntamente hechos como la creciente abstracción de las relaciones institucionales (lo que Weber estudió como burocratización); la distancia que se produce entre los centros de poder decisional y la vida concreta que recibe sobre sí tales decisiones y las que más o menos trágicamente se amolda (centralismo estatal); el desarrollo de economías también cada vez más abstractas y cuantitativas³; el paso en general a un paradigma cuantitativo⁴, etc. Son hechos que suponen precisamente una «des-ubicación», producto final de una confianza creciente en el carácter evolutivo y progresivo del desarrollo de la civilización occidental (frente al carácter sincrético y conservador, que se percibía como negativo). Pese a todo, como decíamos, se trata de una presentación de tesis, más o menos aceptada en nuestra cultura hermenéutica, que sólo trata de reflexionar sobre el papel del cuerpo que habita en los contextos espaciales de nuestras ciudades, contextos espaciales a los que se pueden aplicar los parámetros hermenéuticos, tan vinculados hasta ahora mayoritariamente al tiempo y al lenguaje⁵.

II. La modernidad proyectiva

Al hablar de urbanismo, y sobre todo del realizado en los siglos XVII y XVIII, es frecuente encontrar el calificativo de «cartesiano» referido a un plano, ya se trate de un simple proyecto, ya se trate de una estructura realizada. Con esta palabra se resume un modo de comprender el plano

3 De corte proto-capitalista y manufacturero, tal y como se propone en Labastida, J.: *Producción, ciencia y sociedad: de Descartes a Marx*. México: Siglo XXI, 1969.

4 Véase CROSBY, A.W.: *La medida de la realidad. La cuantificación y la sociedad occidental*. Barcelona: Crítica, 1998. Ya volveremos sobre estas obras.

5 Una hermenéutica desde la comprensión de la espacialidad, y con referencias de pasada al cuerpo, fue desarrollada por O. Bollnow en Bollnow, O.: *Hombre y espacio*. Barcelona, Labor, 1969. Un referente fundamental es, evidentemente, Maurice Merleau-Ponty, especialmente su obra *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Península, 1975 (sobre todo la Primera Parte y el cap. II de la Segunda), así como *Le visible et l'invisible*. Paris: Gallimard, 1995. Habría que remontarse a estudios de fenomenología de la religión, como los de Widengre y Van der Lecw, así como de hermenéutica de la religión, como los de Eliade, fundamentales a la hora de abordar los temas de la emotividad de la percepción espacial. Como se comprenderá, Hans Georg Gadamer es también fundamental (Gadamer, H.G.: *Verdad y método*. Salamanca: Sigumc, 1992). Un tratamiento del tema desde esta perspectiva puede contemplarse en López Lloret, J.: «Más allá del bosque. Reflexiones agoralógicas en torno a Vico», *Cuadernos sobre Vico* (Sevilla), n°s 7-8 (1997), pp. 377-389.

urbano que parece, *a priori*, muy definido: racionalista a ultranza, basado ante todo en un fuerte esquematismo donde predominan lo ortogonal y lo rectilíneo. Algo así como lo hipodámico, pero carente de la gracia griega. Hablar de cartesianismo al referirse a un plano supone hacer referencia, de un modo u otro, a una realidad urbana que ha sido un producto, más o menos pero siempre forzado, de la tozuda voluntad de desarrollar lo geométrico. No obstante, tanto las propias afirmaciones de Descartes referentes al tema como el contexto del que surgen, se desarrollan desde una reflexión bastante compleja y problemática, sobre todo por la referencia que hace tanto a una relación tensa con la historia (en concreto, a una concepción del proyecto totalmente ahistórica) como a los procesos de realización de lo proyectado (que obvian la evidencia corporal del habitar)⁶.

Por otra parte, y esperamos que esto se llegue a constatar, es en cierta medida injusto hablar de modos de hacer cartesianos cuando, de hecho, es la reflexión cartesiana la que parte de una determinada práctica vigente en su momento y que se remonta, al menos, al siglo XV. Lo que hizo Descartes fue recoger ese modo de operar y tematizarlo, dándole un alcance que va mucho más allá del urbanismo, tornando explícitas la ahistoricidad y la descorporalización, llegando con ello a definir en gran medida lo que conocemos por *Modernidad*⁷. Por eso creemos rastrear el sentido de la Modernidad, antes que en el propio pensamiento cartesiano, en una determinada praxis urbanística que presupone un determinado modo de concebir el proyecto constructivo, así como un determinado modo de realizarlo según un debate tenso y paradójico con la tradición y con la historia. Descartes, como decíamos, refuerza ese modo de estar en el mundo, lo tematiza y lo lega a una Modernidad consolidada que así, desde un fundamento ontológico y epistemológico, se siente legitimada. De lo cual resulta que la Modernidad ha sido antes que nada un modo de proyectar y planificar espacios (la casa, la fábrica, la calle, la ciudad...), un modo de vivir del que con el tiempo se han seguido definiciones y formas de ser, proyectos ontológicos e incluso históricos que actualmente no se aceptan ya del todo, pese a la evidente descorporalización que supone el virtualismo de nuestra cultura telemática y pese al mecanismo de progresión de la invención informática.

6 «No hay que decir, pues, que nuestro cuerpo está en el espacio ... *Habita el espacio*» (Merleau-Ponty, M.: *Fenomenología de la percepción*, o.c., pág. 156).

7 En el siglo XV inicia Paolo Rossi, de hecho, el desarrollo de la ciencia y de la técnica modernas. Véase Rossi, P.: *Los filósofos y las máquinas. 1400 - 1700*. Barcelona: Labor, 1966, especialmente pp. 27ss. Crosby sitúa el punto diferencial algo antes, en el siglo XIV, época en la que aparece el primer reloj mecánico (Crosby, A. W.: o.c., pág. 27). Como se sigue de ambos autores, el desarrollo urbanístico es un elemento más, pero no el único, en este proceso. No obstante, creemos que la magnitud de las intervenciones (en el siglo XVII) y proyectos (en el XVI) urbanísticos dan una mejor muestra de lo que tratamos de desentrañar: no un nuevo conocimiento del mundo sino, ante todo, un nuevo proyecto vital cuyas premisas son, precisamente, deshumanizadoras: cuerpo y tiempo abstractos, no corporales. Este proyecto vital generalizado se puede calificar de hecho como «ciudad-concepto», e incluso se le puede conceder un estatus onírico, tal y como propone Amendola al referirse a su crisis actual: «La crisis de la ciudad-concepto coincide con el naufragio de la esperanza —de Prometeo y de Descartes— de crear una ciudad perfecta a imagen y semejanza del sueño del modelo del hombre moderno» (Amendola, G.: *La Ciudad Postmoderna*. Madrid: Celeste, 2000, p. 41). Por otra parte, aunque la cuantificación, el maquinismo y la manufactura son, sin duda, fundamentales, nos interesaba más, por decirlo con Husserl, la «crisis» de las ciencias europeas, con la abstracción somática que inducen (lo que Husserl denomina el «olvido» del *Lebenswelt*). Véase Husserl, E.: *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*. Ap. II. Barcelona: Critica, 1990, pp. 20-106, especialmente pp. 50ss. Intentaremos mostrar que, después de todo, incluso en la «crisis» hay radicación corporal. Usando a Descartes contra su propio proyecto, incluso el discurso que niega al cuerpo parte de la vida del mismo.

A continuación extractaremos un par de textos de Descartes, en concreto de su *Discurso del método*, editado en Leyden en 1636, para después pasar a analizar la experiencia proyectiva y constructiva de las que parte, lo cual nos llevará, además, a una mejor comprensión de este *modus operandi* y a una complejización de lo que ha de entenderse por «cartesiano» en este contexto. También nos llevará, por supuesto, a una mejor comprensión de lo que hemos sido y quizá sigamos siendo.

El primer texto seleccionado es el más famoso y define acertadamente un modo «cartesiano» de concebir la proyección y realización urbanas; se trata precisamente de las afirmaciones que legitiman el uso del calificativo, su carácter programático y general, aunque concebido hoy día incorrectamente como vanguardista. Es el siguiente:

«Ainsi ces anciennes citez, qui, n'ayan esté au commencement que des bourgades, sont deuenües, par succession de tems, de grandes villes, sont ordinairement si mal compasées, au pris de ces places regulieres qu'un Ingenieur trace a sa fantaisie dans une plaine, qu'encore que, considerant leurs edifices chacun a part, on y trouve souvent autant ou plus d'art qu'en ceux des autres, toutesois, a voir comme ils sont arrangez, icy un grand, là un petit, & comme ils redens les rues courbées & inegales, on diroit que c'est plutot la fortune, que la volonté de quelques hommes usans de raison, qui les a ainsi disposez»⁸. («Así, esas antiguas ciudades que, no habiendo sido al comienzo más que aldeas, han llegado a ser al cabo del tiempo grandes ciudades, están ordinariamente tan mal dispuestas, si se las compara a esas plazas regulares que un ingeniero traza según su fantasía en una llanura que, aunque considerando cada uno de sus edificios separadamente, se encuentra en ello frecuentemente tanto o más arte que en los otros, sin embargo, al ver como están alineados, aquí uno grande, allí otro pequeño, y como hacen las calles curvas y desiguales, se diría que es el azar, más bien que la voluntad de algunos hombres provistos de razón, quien los ha dispuesto de tal manera»)⁹.

Este texto puede tener una lectura metafórica, como de hecho la tiene regularmente en el discurso filosófico. La experiencia urbanística a la que se refiere Descartes no le sirvió, podría decirse, más que como ejemplo, como metáfora. Sin embargo, nosotros creemos que no se trata realmente de una mera metáfora sino de un condicionante en toda regla. Es decir, el pensamiento cartesiano sólo fue posible a la luz de una determinada realización urbanística. Por supuesto, no se trata de un simple determinismo, en tanto que la potencia filosófica del discurso cartesiano trasciende toda experiencia concreta, pero si al menos se puede rastrear la conocida tesis de que el ambiente construido define la naturaleza humana y social tanto como esta pueda definir a aquél. Como decía Aldo Rossi, la construcción de la ciudad es también la construcción del hombre¹⁰, de modo que en el discurso cartesiano se explicita ese proceso constructivo que sólo pudo llegar a ser consciente de sí a la luz de una experiencia proyectiva y realizativa ya madurada.

8 DESCARTES, R.: *Discours de la Methode pour bien conduire sa raison et chercher la verite dans les sciences*, en *Oeuvres de Descartes par Charles Adam & Paul Tannery*, VI, Nouvelle présentation, en co-édition avec le Centre National de la Recherche Scientifique. Paris, Librairie Philosophique J. Vrin, 1982, pp. 11-12 (hay numerosas ediciones en castellano).

9 Traducción de Eugenio Frutos en Descartes, R.: *Discurso del método. Tratado de las pasiones del alma*. Barcelona: Planeta, 1984, p. 11.

10 Cf. ROSSI, A.: *La arquitectura de la ciudad*. Barcelona, Gustavo Gili, 1992, p. 62.

La experiencia urbanística concreta que hace pensable la aparente abstracción del texto filosófico se remonta a lo que Cassirer¹¹ llamó el paso del espacio agregado, propio del mundo medieval, al espacio sistema, expuesto por primera vez de un modo sistemático y como proyecto por autores del protorenacimiento cuatrocentista, que después referiremos¹². Por eso, lo que está en el fondo de nuestra Modernidad no es inicialmente sólo un modo de pensar sino más bien un modo de mediatizarse a sí misma la cultura occidental que sólo se hizo pensable desde realizaciones concretas.

Que en el discurso cartesiano se oponen esas dos concepciones del espacio queda claro por la anterior cita. Descartes, al hablar de la ciudad, enfrenta las grandes ciudades que comenzaron siendo aldeas a las plazas regulares trazadas en el llano por un ingeniero¹³. Lo que aquí se está enfrentando es un modo de crecimiento basado en las agregaciones sucesivas, producto del avatar histórico, a un modo de establecimiento idealmente instantáneo y planificado. Se enfrenta el tiempo a la razón, el azar a la voluntad, lo impensado a lo querido, la tradición al progreso, etc.

En el *Discurso del método* se produce un evidente rechazo de la historia, entendida ésta como una acumulación de saberes legados; es decir, entendida como tradición que, de un modo u otro, influye en el presente. La idea de recibir algo que se mejora y se lega, desde el momento en el que interpreta como mero agregado, es rechazada. Así, el tortuoso sistema de la lógica escolástica, que deriva de la aristotélica y que es el producto de una intervención sutil y compleja de diversas corrientes a lo largo de la historia, es percibido por Descartes como un confuso agregado intelectual, al igual que las ciudades medievales, producto asimismo de una intervención sutil y compleja de espacios romanos¹⁴ o de una agregación racional cuya lógica no es la matemática¹⁵. Por supuesto que la purga cartesiana poco puede frente a nuestro ser histórico: el sistema actual de la ciencia, que podría remontarse al cartesianismo, o nuestros sistemas urbanos actuales, que podrían remontarse al geometrismo funcionalista holandés, son tan bizantinos como en su momento pudieron serlo la lógica escolástica y las ciudades medievales. Sin duda nos perdemos en ellos¹⁶.

La ruptura con la historia propuesta por Descartes empieza afirmándose como un proyecto explícitamente filosófico. Es bien conocida la duda cartesiana para que la exponamos aquí. Sólo hay que decir que el criterio adoptado: aceptar nada más aquello que se presenta a uno mismo con *evidencia*, niega la relación con el pasado compartido y vinculante y afirma la necesidad de un nuevo comienzo en cada acto de cogitación. El sujeto pensante nada debe a nadie más que a sí mismo

11 Cf. CASSIRER, E.: *Individuo y Cosmos en la filosofía del Renacimiento*. Buenos Aires, Emecé, 1951.

12 El tema está bastante tratado. Remitimos a Muratore, G.: *La ciudad renacentista*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local, 1980, especialmente pp. 33-52 y 99ss. También a Benevolo, L.: *Historia de la arquitectura del Renacimiento. La arquitectura clásica (del siglo XV al siglo XVIII)*. Volumen Primero. Barcelona: Gustavo Gili, 1981, caps. I y II, especialmente pp. 183ss., así como Franchetti Pardo, V.: *Historia del urbanismo. Siglos XIV y XV*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local, 1985; nos interesa de esta obra especialmente la Tercera Parte, II, pp. 549-572.

13 Es sintomático que Descartes se refiera a los ingenieros y no a los arquitectos. Véase Rossi, P.: o.c., pág. 73: «En numerosos textos escritos por <<artesanos superiores>> y por <<ingenieros>> del siglo XVI encontramos las primeras ... formulaciones del nuevo concepto de ciencia y de progreso científico». De hecho, en un contexto bélico como es el siglo XVII, la importancia de la figura del ingeniero no haría más crecer hasta llegar a casos tan relevantes, a un nivel urbano, como el de Vauban (véase Buisscret, D.: *Les Ingenieurs de Roi au temps de Henry IV*. Paris: Bulletin Sect. Géographie de la Comisión Travaux historiques et Scientifiques. Bibliothèque Nationale, 1964; así como Blanchard, A.: *Les Ingenieurs du Roi. De Louis XIV a Louis XVI. Etude du Corps de Fortifications*. Montpellier: Université Paul Valéry, 1979).

14 Cf. BENEVOLO, L.: *La ciudad europea*. Barcelona: Critica, 1993, especialmente pp. 25-30.

15 Se trata de lo que Crosby denomina, de un modo general, «el modelo venerable». Crosby, A.W., o.c., pp. 29-49.

16 Cf. AMENDOLA, G.: *La Ciudad Postmoderna*, o.c., pp. 67ss.

y a su atemporal intuición de lo evidente: sin tiempo ni pasiones, razón pura que habita la verdad costeada con la hipoteca de su cuerpo¹⁷. Pero este criterio tan absoluto y abstracto, que pertenece de lleno al ámbito de la introspección asensorial, se conecta también con una aspiración urbanística: la del ingeniero que traza una plaza regular en un llano sin preexistencias culturales.

Siguiendo con nuestra hipótesis, aquí nos topamos con algo más que con una metáfora. La idea del ingeniero que concibe en sí mismo un proyecto regular que traza en un suelo immaculado no ejemplifica, sino que posibilita, el pensamiento cartesiano. El ingeniero que se halla en esta disposición ha escapado de la historia y de los espacios agregados, está por encima de cualquier condicionante que los espacios dados de las ciudades le puedan imponer. Nada tiene que ver con nadie. Por otra parte, en tanto que la formación del ingeniero es puramente constructiva y técnica, se libera de modos prejuiciosos del hacer y del predominio de lo estético y simbólico sobre lo constructivo y funcional. El ingeniero aprende un método constructivo cuyo valor no radica en su antigüedad sino en su funcionalidad contrastable y contrastada, lo cual quiere decir que puede desecharse y caer en el más absoluto de los olvidos ante un método constructivo superior¹⁸. No comprende más historia, entonces, que la del progreso, el cual consiste en ir abandonando la memoria colectiva aceptada sin contrastación; ésta es más bien una carga en el proceso de racionalización del mundo.

El proyecto filosófico del método, que parte del momento pristino de la superación de la duda, sólo ha sido pensable por la configuración previa de espacios subsiguiente a un momento de proyectación ajeno al tiempo. Esto podría ser demostrable acudiendo brevemente a la biografía y al contexto vital del propio Descartes. Con ello veremos de paso que «la efectualidad» de la historia sigue manteniéndose, es decir, que incluso nociones tan radicales como la de Descartes sólo pueden desarrollarse condicionadas por modos de proceder que se convertirán en sí mismos en una «nueva tradición». El pretendido punto de partida, el apoyo puntual arquimédico está, por tanto, espacio-temporalmente ubicado, y eso de un modo tan radical que hubiera resultado impensable por el propio Descartes si no hubiese sido así.

Lo primero que hay que tener en cuenta es que el *Discurso del método*, que hemos citado, pertenece al entorno del año 1636, en el que se publicó. El texto, pues, pertenece a la primera mitad del siglo XVII, lo cual es para nosotros muy sintomático. En efecto, estamos ante el desarrollo masivo epocal de lo que anteriormente no había pasado de ser un proyecto, salvo contadas ocasiones: la imposición de espacios sistema sobre espacios agregado o la elaboración de nuevos espacios sistema sobre tablas rasas. Descartes hubo de tener una fuerte experiencia de dichos desarrollos. No en vano, él era un francés de la época de Enrique IV que, a su vez, viajó por los Países Bajos (residiendo con cierta regularidad en Amsterdam) y por Italia (en la época de Scamozzi). Esto por lo que se refiere a la época que antecede a la composición de su *Discurso del método*. Después es conocida su estancia en la Suecia de la reina Cristina, si bien este hecho nos resulta menos importante porque, obviamente, no pudo condicionar su *Discurso del método*¹⁹, puesto que, todo lo contrario, sería el propio cartesianismo el que consolidaría toda una «tradición» proyectiva y constructiva previamente vivida.

17 Cf. DAMASIO, A.R.: *El error de Descartes. La emoción, la razón y el cerebro humano*. Barcelona: Critica, 1996, pp. 10ss.

18 Véase Guidoni, E. y Marino, A.: *Historia del urbanismo. El siglo XVI*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local, 1985, pp. 57ss.

19 Recomendamos, por su rigor y actualidad, así como por ser accesible al público de habla hispana, la biografía de Descartes de Rodis-Lewis, G.: *Descartes*. Barcelona, Península, 1996.

Si hacemos una somera enumeración de las ciudades con que se relaciona Descartes antes de la elaboración de su famoso discurso, podemos ver que se trata de ciudades y de naciones en las que lo que se llamará posteriormente modo cartesiano de proyectación y de producción era ya un hecho. Por enumerar tan sólo ciudades de Francia, de los Países Bajos y de Alemania, podemos reseñar las siguientes: París, Breda, La Haya, Neuburg, Middelburg, Frankfurt, Heidelberg, La Rochelle, Ulm, Deventer, Utrecht, Dordrecht, Leiden, Amsterdam, etc. De las enumeradas hemos excluido las que visitó en Italia (entre otras, Venecia) porque el urbanismo de aquella zona, salvo contadas ocasiones (tal vez Turín y las experiencias en el agro veneciano de Scamozzi), pertenecía a un modo de hacer contrarreformista en el que lo representativo y lo iconográfico pesaba con mucha mayor fuerza que lo técnico funcional, lo cual no quiere decir que en otros lugares no sucediera eso (sobre todo en Francia, si bien con una mayor proximidad aquí al mundo centroeuropeo)²⁰.

De las ciudades que hemos enumerado, y que formaban parte del horizonte vital de Descartes (entendido como aquello de lo que se puede llegar a ser consciente y que, por tanto, puede ser objeto de consideración reflexiva sólo *a posteriori*), hemos empezado por París y hemos acabado con Amsterdam, en tanto que son las dos capitales que marcan definitivamente los dos modos urbanísticos fundamentales que pueden presentarse como fuentes vitales del cartesianismo: el modelo francés y el modelo holandés.

Un hecho que valdría por sí mismo, por su valor ilustrativo y de prueba demostrativa, es que Descartes viviese en Francia en la época de Enrique IV, quien tanto modificó el horizonte urbano de la nación que dio al pensador su lenguaje. De la concepción urbanística de Enrique IV dicen Guidoni y Marino:

«Las obras realizadas por Enrique IV en París, concentradas en los primeros años del siglo, señalan una etapa decisiva en la implantación de un nuevo estilo urbano; en las remodelaciones y en las nuevas construcciones se imponen alineamientos de calles, tejidos geométricos y fachadas uniformes que implican un <<plano>> en sentido moderno y un abandono de la práctica medieval de las obras, de la costumbre y de la cultura transmitida a través de las maestranzas»²¹

Obras como el Puente Nuevo, la Plaza Dauphine, la Plaza des Vosges, la formalización del Marais, la iniciación de la Plaza de Francia, etc., son altamente significativas, en tanto que se trata de esas «*Places regulieres qu'un Ingenieur trace a sa fantasie dans une plaine*» que se propusieron como oposición a las «*ancienes citez*». De hecho no andaba descaminado Descartes cuando comprende la proyección y realización de plazas y alineaciones por parte de Enrique IV como un proyecto global de ciudad que se define por oposición diferencial a la realidad, también global, de las ciudades antiguas, comprendidas como meros agregados irracionales y faltos de sistematicidad. Así, por ejemplo, en la plaza des Vosges se explicita una fórmula que después tendría una gran fortuna como modelo a seguir: elaboración en el plano de tipologías rígidas y módulos repetitivos, establecimiento del carácter de las superficies urbanas y de los materiales a utilizar que se imponen como condición a contratistas e inquilinos, de modo que se supera la acumulación de intereses individua-

20 No obstante, volvemos a indicar que no puede negarse en interés que en principio puede tener su estancia en Venecia, en tanto que de la época son las propuestas de Scamozzi (célebre autor de la no menos célebre Palmanova): *Dell'idea dell'architettura universale*, de 1615, y de Sardi: *Corona imperiale dell'architettura militare*, de 1618.

21 GUIDONI, E. y MARINO, A.: *Historia del urbanismo: el siglo XVII*. Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1982, p. 292.

les, que era una de las raíces posibles de lo agregado, en nombre de una acomodación a lo proyectado y prescrito desde el Poder Soberano. Esto, desarrollado en tales plazas a un nivel más o menos modesto suponía, no obstante, un modelo de ciudad a realizar que partía de su desvinculación de ciudad heredada (modelo que continuará operando con Luis XIII y Richelieu, con Luis XIV —en Versalles con una magnitud inusitada—, con Napoleón I, con la famosa operación de Haussman, etc., y que se extenderá a multitud de pequeños principados de Centro y Noroeste, Rusia —San Petersburgo—, etc.).

Con respecto a lo dicho vienen muy a cuento las siguientes palabras del propio Descartes:

«... l'une des premieres fut que ie m'auisay de considerer, que fouvent il n'y a past tant perfection dans les ouvrages composez de plusieurs pieces, & faits de la main de divers maistres, qu'en ceux ausquels un feul a travaillé»²²

(«uno de los primeros [pensamientos] fue el ocurrírseme considerar que frecuentemente no hay tanta perfección en las obras compuestas de varias piezas y hechas por manos de diversos maestros como en aquéllas que ha trabajado uno sólo»)²³

Este razonamiento, que puede leerse como una afirmación del principio de autoridad, podría también interpretarse metafóricamente, en el sentido de que sólo pretendería ilustrar un problema exclusivamente epistemológico: frente a la acumulación de reglas y disputas que conformaron el pensamiento escolástico, tan casuístico, Descartes afirma la unidad de conciencia del filósofo que atiende por sí mismo a la verdad y a sus pruebas con independencia de lo que antes de él se haya dicho y, sobre todo, escrito. Se niega el principio de autoridad recibido, pero sólo en tanto que se trata de una autoridad sedimentada como plural, en tanto que se afirma el valor impositivo de la autoridad de la verdad que sólo individualmente se puede reconocer, sin que eso suponga que esté sometida al valor acumulativo del tiempo: siempre es igual a sí misma²⁴. No obstante, difícilmente Descartes hubiera llegado a pensar así si no hubiera percibido los procesos transformacionales de la ciudad agregada en ciudad sistema. Sobre todo si tenemos en cuenta que una de las premisas de estas transformaciones es la unidad de intención, propia de una idea del Estado unificado que se comenzaba a entrever (pues si bien aún no estamos en el centralismo de Luis XIV si se tenían experiencias en tal sentido como, por ejemplo, la española de Felipe II). En todo caso, la experiencia urbanística de la Francia de principios del siglo XVII no hubiese sido posible sin la personalidad de Enrique IV y la unidad de criterio impuesta por Sully. Lo que supone la plaza y el alineamiento, así como el establecimiento de enlaces más rápidos y efectivos entre los puntos de la ciudad, es una clarificación de la trama que se basa, en gran medida, en una simplificación de la misma, lo cual sólo resultó posible desde la distancia tomada con respecto a la trama heredada por una mente que tiene la fuerza y la posibilidad de proyectar unificadamente el desarrollo de lo funcional que se evidencia y que, además, no ha sido legado por el pasado. Volvemos a ver, pues, que no se trata de una

22 DESCARTES, R.: *Discours de la Methode*, o.c., p. 11.

23 DESCARTES, R.: *Discurso del metodo*, o.c., pág. 11. Esta unidad del ingeniero, que se puede extender hasta el monarca absoluto, se aplica igualmente al filósofo, al propio Descartes. Véase Rossi, P.: o.c., pp. 102ss.

24 La verdad siempre se ha concebido, por supuesto, de ese modo. No obstante, el contexto cartesiano es aquel en el que las nociones de tiempo absoluto y espacio absoluto, cuantificables y matematizados, ya se habían asentado. En este contexto, por tanto, la verdad inmutable era, además, de este mundo, y por eso podía implicarse, además, en un determinado proyecto humano sobre la tierra, sin necesaria remisión a una trascendencia. Véase Crosby, A.W., o.c., pp. 70-95, quien rastrea los orígenes bajo-medievales de esta situación.

simple metáfora. Todo lo contrario, se trata de una experiencia previa que define un modo de pensar que está inmerso en su tiempo. Creemos, en efecto, que una de las primeras manifestaciones de la Modernidad es un modo urbanístico de hacer que define una serie de experiencias y concepciones capaces de configurar modos de pensamiento generalizables, como de hecho sucedió²⁵.

Si pasamos de esta breve reseña de la situación en París a los modos de hacer propios de Holanda, lo dicho, esto es, que las palabras de Descartes no son simples metáforas sino referencias a una experiencia condicionante, resultará reforzado. De Holanda dicen Guidoni y Marino lo siguiente:

«Holanda constituye un polo diametralmente opuesto a la Europa de las capitales y de los Estados, del poder del clero y del poder de la nobleza feudal; en el campo urbanístico triunfa la técnica que, en sentido leonardesco, no ambiciona camuflarse bajo los despojos de una teatralidad ficticia o funcional en los ejercicios de un poder ritual ... La ciudad y el territorio forman parte de un mundo que, en lo sucesivo, puede plasmarse completamente por la técnica del hombre»²⁶

Las ciudades y el territorio holandeses fueron ganados al mar a través sobre todo de un largo esfuerzo investigador cuyo objeto era la elaboración de técnicas hidráulicas que buscaban la victoria sobre la naturaleza dada. El terreno ganado al mar y reutilizado urbanísticamente en las ciudades y campos como medio de comunicación de lugares, era una victoria funcional de la técnica²⁷. Lo que nos resulta especialmente relevante de estos procesos es el hecho de que realmente no se precisara, como exponía Descartes, de «une plaine», es decir, de un lugar adecuado que garantizara una imagen opuesta a la de las ciudades medievales, tan dependientes del terreno. No sólo no hace falta buscar un lugar sino que el lugar se ha vuelto indiferente, pues sea cual sea su constitución, en principio es posible la realización de lo previsto: ya no se busca el lugar, se lo conforma. La matematización no es aquí un instrumento de conocimiento sino de poder. El pensamiento de Descartes, tan descorporeizado, no puede dejar de analizarse sin hacer referencia a este modo de producción de proyectos con total independencia de las condiciones geográficas, las cuales funcionan como análogos de la rebeldía arracional del cuerpo. Por otra parte, estamos ante una concepción del mundo mercantilista fundada en una religiosidad (la calvinista) no representacional que hizo de la matemática un *modus vivendi*, así como del cálculo una forma de enfrentarse al mundo, lo que tiene su expresión más adecuada en los procesos de crecimiento urbano²⁸.

25 El referente primero en este caso es, sin duda, la Roma de Sixto V. Véase Guidoni y Marino: *Historia del urbanismo. El siglo XVI*, o.c., pp. 613-655, especialmente 629ss. Obviamente el proceso de urbanización se remonta más atrás. El contexto de lo que Crosby denomina «pantometría», y que se desarrolla en torno al siglo XIV, es la ciudad, como dicho autor indica repetidamente (o.c., pp. 57, 71, etc.). En ellas se desarrolla el tiempo y el espacio abstractos y cuantificables. Es un hecho, como también lo es que el desarrollo de la población desde entonces, y ante todo desde el siglo XVI, es eminentemente urbano (cf. De Vries, J.: *La urbanización de Europa 1500 - 1800*. Barcelona: Critica, 1987, pp. 45-107). No obstante, la ciudad como objeto global de realización (y no sólo como proyecto sobre el papel) se debe, en el Occidente moderno y como modelo generalizable, al siglo XVII (Morris, A.E.J.: *Historia de la forma urbana. Desde sus orígenes hasta la revolución industrial*. Barcelona: Gustavo Gili, 1991, pp. 177ss.).

26 GUIDONI, E. y MARINO, A.: o.c., 202.

27 Cf. MAASS, M. y BERGER, K. (eds.): *Klar und lichtvoll wie eine Regel. Planstädte der Neuzeit vom 16. Bis zum 18. Jahrhundert*. Karlsruhe: G. Braun, 1990; también Taverne, E.: *In 't land van belofte, in de nieuwe stad. Ideaal en werkelijkheid van de stadsuitleg in de Republiek 1580-1680*. Maarssen: Gary Schwartz, 1978.

28 El libro de Max Weber sobre la ética protestante sigue siendo un análisis histórico válido de estos procesos.

En el estudio del condicionamiento urbanístico del pensamiento cartesiano, no pueden dejar de ser tenidos en cuenta otros dos elementos determinantes que trataremos por el orden de importancia que nosotros le concedemos en el tema que tratamos: la constitución de un paisaje de guerra y la recepción y desarrollo de una tratadística que, remontándose al siglo XV italiano, estaba llamada a tener un amplio éxito, sobre todo en Francia, a través del contacto con la cultura italiana.

Con respecto a lo primero, el contexto en el que se desarrolla la existencia de Descartes parte de una situación europea bastante tensa y compleja que se irá agudizando a medida que se aproxime la fecha de edición del *Discurso del método*. Han de leerse con atención las palabras de la obra con las que Descartes expone cómo se enroló en el ejército para conocer mundo. Estamos en la época que antecede inmediatamente y que vive el primer quinquenio de la Guerra de los Treinta Años (1618-1648). Esta guerra, que supuso un duro golpe para la corona española, significó además un reforzamiento de Francia y de las Provincias Unidas, con todo lo que eso significaba en el establecimiento de políticas urbanísticas complejas. Aquí nos interesa sólo el paisaje de guerra que se conformará, sobre todo en cuanto a desarrollo de técnicas constructivas racionalizadas para afrontar el hecho de la guerra (y que tendrá finalmente uno de sus mejores frutos en el hacer de Vauban)²⁹. Hay, por otra parte, constancia documental del interés de Descartes por estos temas, junto con el de la perspectiva³⁰.

Con respecto al paisaje de guerra a principios del XVII, dicen Guidoni y Marino:

«Son, en efecto, las guerras ... las que dan razón de una amplísima gama de contactos e intercambios que se van a reflejar en el urbanismo»³¹

Basta ver los ejemplos propuestos por Stevin como prototipos prácticos para convencerse de que la guerra y la necesidad de la fortificación son, en una gran medida, una magnífica excusa para la proposición de modelos geométricos basados en la repetición modular rítmica (generalmente limitados a compases yámbicos). Como realizaciones complejas, además de La Rochele (que fue explícitamente admirada por Descartes), podríamos citar la propia Amsterdam, Leiden, Haarlem, Groningen, el proyecto de Copenhage, etc. Pese a que se trata de casos en los que la fortificación ha de adaptarse al asentamiento preexistente, no obstante, la forma y magnitud de las realizaciones se aproximan en gran medida al ideal circular articulado a través de ritmos yámbicos. Por otra parte, no puede dejar de ser tenido en cuenta que las mayores acumulaciones de fortificaciones regularizadoras se dan en esta zona de Centroeuropa, lo cual es lógico en tanto que se trataba del campo de batalla del momento. Precisamente por eso mismo fue el lugar frecuentado por el propio Descartes, lo cual no significa sino lo que ya era de esperar: el hecho de que las regularizaciones bélicas de las periferias, que darán una apariencia racional a la forma urbana, pueden considerarse como uno de los elementos del horizonte vital de Descartes, un factor más que hace posible la posterior

29 Fruto y, a la vez, proyecto de esta configuración de un paisaje bélico son obras como las de A. de Ville (*Les fortifications ... contenant la manière de fortifier toute sorte de places tant régulièrement qu'irrégulièrement*, editada en Lyon en 1628), Fritach (*L'architecture militaire, ou la fortification nouvelle, augmentée et enrichie de forteresses régulières, irrégulières*, en Leyden en 1635), Hondius (*Description et breve declaration des regles generales de la fortification, de l'artillerie, des amunitions*, en La Haya en 1625), Marolois (*Opera Mathematica ... de géométries, perspective, architecture et fortifications*, en La Haya en 1625), etc., por sólo indicar obras que pertenecen al ámbito vital del propio Descartes. Véase una bibliografía más amplia del tema en Guidoni y Marino: o.c., pp. 597s.

30 A ello hace referencia Geneviève Rodis-Lewis en su obra, citada más arriba. Por ejemplo, en la pág. 99, en la p. 290 (nota 3), etc.

31 O.c., p. 202.

elaboración del discurso cartesiano. Esta situación es bastante diferente en Francia, donde las murallas son cada vez menos operativas, o en España, donde sólo cumplirán una función meramente fiscal. No puede dejar de pensarse, pues, que en un contexto en el que las murallas (por indicar tan sólo uno de los factores) aún expresan en muchas ocasiones la forma heredada del espacio agregado la emergencia de un pensamiento como el cartesiano hubiese sido más difícil.

Junto a la regularización aparente de las ciudades a través de la homogeneización funcional de sus periferias, en el horizonte cartesiano también había casos de regulaciones racionales del crecimiento de las ciudades, lo cual era observable sobre todo en las ciudades centroeuropeas y escandinavas, si bien existía la experiencia antigua de las formas hipodámicas, así como la medieval de las bastidas, las *terra murata*, las poblaciones de la reconquista en el levante español, etc. No obstante, creemos que en estos últimos casos su proximidad al horizonte vital de Descartes es discutible, cuando no altamente improbable. Creemos más próximo vitalmente a la emergencia del pensamiento cartesiano planes como los de extensión de Amsterdam, Leiden (1610-12), etc., más próximos incluso de lo que puedan serlo los modelos para la colonización de nuevos territorios fuera de Europa (sobre todo en la zona iberoamericana).

Creemos que, junto a todos estos elementos definidores del horizonte vital cartesiano, el de mayor importancia es el de la tratadística, en tanto que presupone una determinada concepción del proyecto interpretable como desvinculado de la tradición heredada, estableciéndose con ello como una actitud paradigmática de lo que puede ser la superación de la duda cartesiana: si frente a la multitud de costumbres surge la duda y la apelación a la razón universal, frente a la multitud de asentamientos «descontrolados» surge la experiencia de un proyecto desvinculado de los mismos que propone modelos idealizados y universalizables, absolutos, al margen de la historia entendida como pasado acumulado. Para lo que nos interesa aquí, el referente más antiguo (y tal vez uno de los más definitivos) lo encontramos en la tratadística desarrollada en el siglo XV en Italia. Sobre todo podemos recurrir a figuras como Antonio Averlino (Filarete) y Francesco di Giorgio Martini³², sobre todo por lo que significan en tanto que voluntad deliberada de prescindir de lo dado en la afirmación de un nuevo mundo construido (que será construcción de un nuevo hombre) bajo el principio de voluntad unificada (así, el sentido de Sforzinda, por ejemplo, no se comprende sin Francesco Sforza).

No se trata, en los primeros casos, de modelos puramente racionales. Como hace ver Muratore³³, no puede desvincularse esta tratadística de toda una tradición simbólica y sincrética propia del contexto renacentista³⁴. Si bien esto es obviamente así, no obstante hay dos elementos, junto con todo lo que conlleve su pertenencia al Renacimiento incipiente, que resultarán altamente significativos: el primero es la globalidad de la concepción desarrollada en un nivel de plano esquemático visualmente perceptible (lo que parece estar ausente de las especulaciones de, por ejemplo, Platón, quien fue un referente globalizador evidente); el segundo es la proyectualidad de un organismo simplificado abstraído de la historia. No se trata de que se produzca una total desvinculación de la iconografía religiosa, pero sí que se trata de una radical desvinculación visual y conceptual de las ciudades medievales. Por su globalidad y por su desvinculación histórica (pese a las referencias que

32 Cf. MURATORE, G.: *La ciudad renacentista*, o.c., pp. 107-136. Véase además Rosenau, H.: *La ciudad ideal. Su evolución arquitectónica en Europa*. Madrid: Alianza, 1986, pp. 55-78.

33 MURATORE, G., o.c., pp. 185ss. y 207ss.

34 *Las palabras y las cosas* de Michel Foucault se ha convertido ya en un clásico en lo que se refiere al tratamiento de este aspecto del Renacimiento. Véase Foucault, M.: *Las palabras y las cosas*. Madrid: Siglo XXI, 1988, Uno, II (pp. 26-52).

puedan hacerse a modelos como, por ejemplo, Marco Polo), estos casos proyectivos se muestran como antecedentes que configurarían un modo de hacer que se desarrollará hasta el manierismo y que ejercerá una gran influencia en los modos de operar franceses y centroeuropeos³⁵. Contemplamos de hecho que el proyectista carece de experiencia corporal y cultural del lugar (lo que aquí no es una carencia sino un requisito operativo), que tan sólo visualiza y conceptualiza modos de actuación no contrastados ni experimentados, y que eso es lo único que se puede aceptar como remedio a la agregación medieval. Se trata de un modo de hacer que se irá progresivamente afinando hasta alcanzar cotas tan admirables (por su nivel de abstracción y, a la vez, concreción) como las observadas en la obra de Simon Stevin, tan próximo vitalmente al propio Descartes³⁶.

Los elementos que hemos ido desgranando brevemente: las realizaciones urbanísticas de la Francia de Enrique IV, los desarrollos técnicos de Holanda, el establecimiento de un paisaje de guerra en Centroeuropa, los modos de crecimiento planificados según el modelo de la malla ortogonal y la progresiva afinación de una tratadística emergente desde el primer Renacimiento, definen con un grado de aproximación aceptable el contexto vital y operativo del que surge el pensamiento cartesiano. Este pensamiento tiene su base en el principio de superación de la duda en el *ego cogito*, proponiendo además una realización del conocimiento desvinculado del pasado recibido y definido como progreso automatizado (garantizado por la aplicación del método). Pues bien, esperamos haber al menos indicado hasta aquí como, realmente, se trata de experiencias que parten de una determinada praxis proyectiva y realizativa de modelos y realidades urbanas. Obviamente se plantean previamente mutaciones y rearticulaciones sociales basadas en redistribuciones de los canales de fuerza directiva; no obstante, el único modo que tenemos de acceso al significado es a través del significativo que lo expresa y configura. Así como una idea del poder no puede tematizarse sin realizaciones significantes, así tampoco puede ser vivida sino es a través de tales realizaciones. En tal sentido proponemos la praxis urbanística, tal y como llegó a instituirse a comienzos del XVII, como el antecedente, más allá de toda intención metafórica, configurador y determinante del pensamiento cartesiano³⁷.

No obstante, antes indicábamos el hecho de que Descartes logró tematizar de un modo especialmente brillante los presupuestos de este modo de hacer, haciéndolos no sólo conscientes sino, sobre todo, universalizables y deseables como modos de vida en general. Dijimos, además, que el

35 Cf. ROSENAU, H.: *La ciudad ideal*, o.c., pp. 79ss.

36 Entre Filarete y Stevin, por ejemplo, hay evidentes similitudes y evidentes diferencias. Todo lo que hizo Filarete en un nivel global era un ejercicio sobre el papel. En principio, no hay una conexión evidente con la ingeniería ni con la ciencia renacentista. En el caso de Stevin no sucede eso. Sus modelos abstractos sí están pensados realizativamente como estrategia de poder. En su abstracción desvinculada tienen una ventaja sobre los modelos cuatrocentistas: asumen el verdadero valor operativo de la cuadrícula. Mientras que Sforzinda, por ejemplo, es un proyecto jerárquico y centralizado (perteneciente, por tanto, a una concepción espacial aristotélica, esto es, a lo que Crosby llama el «modelo venerable»), la «ciudad comercial» de Stevin es homogénea y no jerárquica: se trata de una retícula cuya forma está definida pero no su crecimiento; es un fragmento de una malla virtualmente infinita y adaptable a cualquier situación. Es decir, pertenece a un momento en el que las nuevas nociones de espacio y de crecimiento geométrico tratan de imponerse a la realidad (véase, por ejemplo, el estudio de su influjo sobre el crecimiento de Amsterdam en el siglo XVII, en Leupen, B. *et alii*: *Proyecto y análisis. Evolución de los principios en arquitectura*. Barcelona: Gustavo Gili, 1999, pp. 188-191). No obstante, algo tienen en común que para nosotros resulta fundamental: su desvinculación radical de la ciudad heredada, de sus ritmos históricos temporales y de sus usos corporales directos.

37 Como se comprobará, no indicamos fuentes del pensamiento de Descartes que se refieran explícitamente a estos hechos. No obstante, creemos que basta con que se indique el contexto urbanístico en el que Descartes vivió, lo cual es un dato indiscutible, para que se acepte que condicionó directamente la «metáfora» del *Discurso del método* y, con ello, la propia filosofía cartesiana, es decir, el desarrollo de la Modernidad.

pensamiento cartesiano reforzaba estos modos de proceder. Por tanto, pese a que creemos más justo, en vez de hablar de urbanismo de corte cartesiano, hablar del pensamiento cartesiano como un pensamiento eminentemente urbanístico, más allá de la metáfora, también creemos necesario rastrear en el discurso cartesiano las indicaciones metodológicas que, definidas como ideales, pudieron aplicarse a la configuración de los espacios. Esto nos hará comprender lo que significa realmente un pensamiento cartesiano en el ámbito urbanístico.

III. La modernidad cartesiana

A la hora de definir los momentos característicos del procedimiento cartesiano podríamos recurrir al *Discurso del método*, en concreto a la Segunda Parte, donde se enumeran una serie de pasos precisos y aplicables en el conocimiento de cualquier realidad, si bien su formulación es inicialmente matemática: atender sólo a lo indubitable, analizar todo lo complejo, proceder según un orden de complejidad creciente y enumerar y revisar repetidamente el proceso. Puesto que este último es un paso recursivo que presupone los otros tres, y puesto que en el fondo no es definitivo (no es más que volver a poner en práctica los demás), tendremos sólo en cuenta los tres primeros³⁸. No obstante, creemos que la obra que puede dar una mejor idea del procedimiento propiamente cartesiano son las *Reglas para la dirección del ingenio*, que datan de 1629, aunque no se publicaron hasta mucho después. Este texto es la fuente directa de la anterior enumeración del proceder cartesiano. En este caso, como veremos, se traen a conciencia una serie de elementos operativos que tendrán su manifestación más interesante en planos como los de Wren (para la reconstrucción de Londres) y l'Enfant (para Washington), modelos consumados del racionalismo urbanístico.

Las reglas I-IV definen el valor de la intuición y la posición epistemológica de lo indubitable. Exponen de un modo bastante apasionado la independencia de la razón individual en el reconocimiento de la verdad y, por tanto, su desvinculación de todo lo establecido. Esto lleva a Descartes a hacer incluso la siguiente afirmación en la cuarta regla, llena, por otra parte, de una genial carga incendiaria:

«Atqui longe fatius est, de nullius rei veritate quaerenda unquam cogitare, quam id facere absque methodo»³⁹
 [«Mejor que buscar la verdad sin método es no pensar nunca en ella»]⁴⁰

Lo cual se parafrasea poco después de un modo bastante claro:

«Nam revera nihil inanius est, quam circa nudos numeros figurasque imaginarias ita versari, ut velle videamur in talium nugarum cognitione conquiescere, atque superficiariis istis demonstrationibus, quae casu saepius quam arte inveniuntur, & magis ad oculos & imaginationem pertinent quam ad intellectum»⁴¹

38 Véase DESCARTES, o.c., pp. 18-19.

39 DESCARTES, R.: *Regulae ad directionem ingenii*, en *Oeuvres de Descartes* ..., Tomo X, 1986, p. 371.

40 DESCARTES, R.: *Discurso del método. Meditaciones metafísicas. Reglas para la dirección del espíritu*. México: Porrúa, 1984, p. 101.

41 *Regulae*..., o.c., p. 375.

[«Nada más vacío que el ocuparse de nombres estériles y de figuras imaginarias, y el dedicarse al estudio de semejantes bagatelas. Nada más inútil que esas demostraciones superficiales descubiertas por casualidad más que por la ayuda de la ciencia, y que se dirigen a la imaginación y al sentido de la vista más que a la inteligencia»]⁴²

En principio, lo que sólo se muestra como una crítica a los medios pedagógicos basados en la tradición y en la acumulación de casos, como los escolásticos, o en la idea sincrética del saber, como los renacentistas, es en el fondo una profunda crítica a la historia entendida como tradición legada: todo lo legado es obstáculo. Frente a esto Descartes propone los modos de acceso a la certeza que pueden rastrearse en las reglas I-IV y, tras ello, y siempre desde una posición que aspira a la ahistoricidad (por aspirar a la atemporalidad), desarrolla los pasos concretos que podríamos definir como «recetario» de la verdad.

En el «recetario» para alcanzar la verdad son determinantes las reglas V-VII. Puesto que serán de una gran importancia como racionalización de los modos de proceder proyectivos que definen la experiencia vital del propio Descartes, y puesto que tendrán una importancia no menor en la explicitación de tales medios, citaremos los encabezamientos de tales reglas:

REGULA V

Tota methodus consistit in ordine & dispositione eorum ad quae mentis acies est convertenda, ut aliquam veritatem inveniamus. Atque hanc exacte servabimus, si propositiones involutas & obscuras ad simpliciores gradatim reducimus, & deinde ex omnium simplicissimarum intuitu ad aliarum omnium cognitionem per eosdem gradus ascendere tentemus.

REGULA VI

Ad res simplicissimas ab involutis distinguendas & ordine persequendas, oportet in unaquaque rerum serie, in qua aliquot veritates unas ex aliis directe deduximus, observare quid sit maxime simplex, & quomodo ad hoc caetera omnia magis, vel minus, vel aequaliter removeantur

REGULA VII

Ad scientiae complementum oportet omnia & singula, quae ad institutum nostrum pertinent, continuo & nullibi interrupto cogitationis motu perlustrare, atque illa sufficienti & ordinata enumeratione complecti⁴³.

42 *Discurso del método. Meditaciones...*, o.c., p. 102.

43 *Regulae...*, o.c. [«Regla V: El método consiste en el orden y disposición de las cosas a las que debemos dirigir el espíritu para descubrir alguna verdad. Lo seguiremos fielmente si reducimos las proposiciones obscuras y confusas a las más sencillas, y si, partiendo de la intuición de las cosas más fáciles, tratamos de elevarnos gradualmente a todas las demás. Regla VI: Para distinguir las cosas más simples de las complicadas, y poner orden en su investigación, es preciso, en cada serie de cosas en que hemos deducido directamente algunas verdades de otras, ver cuál es la más simple, y cómo todas las demás están más o menos o igualmente, alejadas de ellas. Regla VII: Para completar la ciencia, es preciso, por un movimiento continuo del pensamiento, recorrer todos los objetos que se relacionan con el fin que nos proponemos, y así abarcarlos en una enumeración suficiente y ordenada». *Discurso del método. Meditaciones...*, o.c., pp. 104-107].

La regla inicial (e iniciática) consiste en el proceso de reducción de todo aquello que se presente de un modo oscuro a sus elementos constituyentes, lógicamente más simples. Se trata de un proceso analítico que nos proporciona las partes integrantes para un tratamiento individualizado. La regla siguiente consistirá en la comprensión del grado de simplicidad de cada elemento, sin que haya otro criterio de simplicidad distinto al criterio de claridad: cuando más clara sea la intuición de un factor mayor será su simplicidad. Después se tratará de realizar una serie de enumeraciones que, a partir de lo simple comprendido, puedan llevar al conocimiento de lo complejo, definido en función de su distancia a lo simple.

Puede constatarse como nada es, en principio, tan ajeno a este proceso como los métodos acumulativos del conocimiento legado y fundado en un sin número de prejuicios no sometidos a análisis críticos. Si esto se hiciese, se vería, a juicio de Descartes, cómo las pretendidas verdades heredadas se fundan en principios que no pueden superar la prueba de la intuición racional desvinculada. Asimismo, puede constatarse cómo nada es tan ajeno a este proceso como las ciudades que son producto de una acumulación histórica que constituye espacios agregados. Estas ciudades son aquellas que, como ya vimos, el propio Descartes definía como aldeas que llegan a serlas tras un proceso de acción colectiva y no siempre concertada. Que se trata de las ciudades históricas está claro: son esas ciudades que tienen centros históricos formados por agregados y basados en las luchas de los diversos estamentos por la posesión significativa del suelo⁴⁴, esas ciudades en las que se produjo un proceso creciente de configuración de suburbios en sus alrededores y, posteriormente, crecimientos irregulares de sus murallas, etc. Por ejemplo, las ciudades mudéjares del sur y del levante ibéricos serían casos paradigmáticos de una forma de ciudad que no sólo no puede definirse como «cartesiana», sino que incluso sería un objeto evidente de la crítica cartesiana a la historia: en ellas no existen elementos simples que resulten del análisis de lo complejo, pues cada punto se forma a través de una trama compleja, heteromorfa y plural que se desarrolla por sí misma más allá de cualquier edificio y de cualquier nódulo referencial intuible por sí mismo⁴⁵. El único modo para «cartesianizar» unos cascos como los de dichas ciudades sería su destrucción total, su reducción a inmenso solar para, desde ahí, definir una serie de nódulos simples y de canales de comunicación rectilíneos y «evidentes».

Esto nos puede permitir un paso adicional consistente en una determinada reutilización de los principios cartesianos. En efecto, aquello que para Descartes era una metódica planificación de los procesos de conocimiento, determinante en principio de programas de investigación y de aplicación técnica, tenía un uso evidente en el desarrollo de proyectos urbanísticos y en la planificación de actuaciones urbanas, como hemos visto. Aunque la base del proceso de proyección e intervención del cartesianismo podría llevar a la concepción de un modelo de ciudad funcionalmente diferenciado (según las propuestas que divulgaría mucho después el propio Le Corbusier en la *Carta de Atenas*), en tanto que la pluralidad de funciones que no se acompaña de un modelo biyectivo función-forma puede dar lugar a confusiones analíticas, y aunque tal segregación es producto de una aplicación consecuente del propio «recetario» cartesiano, el desarrollo más inmediato de este modo de proceder es más bien puramente geometrizable. Es decir, lo que primero se sigue del método car-

44 Cf. MONSALVO, J.M.: *Las ciudades europeas del Medievo*. Madrid: Síntesis, 1997, especialmente Tercera Parte, pp. 127-317. Además, Jehel, G. y Racinet, Ph.: *La ciudad medieval. Del Occidente cristiano al Oriente musulmán*. Barcelona: Omega, 1999.

45 MONTERO VALLEJO, M.: *Historia del urbanismo en España I. Del Eneolítico a la Baja Edad Media*. Madrid: Cátedra, 1996, pp. 237-283.

tesiano es una segregación de espacios como trama puramente visual que ha de ser articulada de un modo claro y distinto. De eso no se sigue necesariamente el predominio de lo puramente rectilíneo y ortogonal, del enrejado mecánico y falta de organicidad. No obstante, lo que sí se sigue es un modo de afrontar el esclarecimiento del problema urbano que se funda principalmente en la visibilidad evidente del plano trazado en el papel (y de las simplificaciones desarrolladas en el dibujo del trazo enderezante sobre la cartografía del asentamiento tal y como ha llegado a ser, sobre todo cuando se trata de intervenir en ciudades históricamente conformadas).

Para rechazar la «leyenda negra» del cartesianismo, esto es, su equiparación con enrejados dados carentes del más mínimo interés, presentaremos dos casos especialmente significativos. Estos casos están elegidos porque abarcan dos de los casos posibles: la re-creación de un asentamiento histórico y la creación de un asentamiento nuevo. En ambos casos se observan modos de proyectar sobre el papel previa concepción atemporal ajena a la tradición y al tiempo, modos de proyección descorporalizados que proponen realizaciones radicales pero altamente significativas y fundamentadas en una funcionalización de la trama y un esclarecimiento de la misma en clave simbólica, si bien en todo momento a partir de la exigencia de enumeración analítica de lo simple y rearticulación posterior en complejidad creciente. Se trata del plano de Wren para la reconstrucción de Londres y del plano de L'Enfant para Washington⁴⁶.

Trataremos a continuación ambos planes sin entrar en consideraciones históricas sobre los mismos y sus circunstancias inmediatas, pues no es lo que nos interesa aquí, además de que hay una bibliografía abundante sobre ambos casos. Por lo que se refiere al plano de Wren para Londres, puede considerarse como una realización maestra del siglo XVII. El plano significaba una total ruptura con lo que la *City* de Londres había sido antes del incendio: una ciudad acumulativa, cristalizada a través del lento crecimiento y la constante redefinición de unos límites que se vuelven así inciertos; una ciudad que por eso aparecía como funcionalmente deficiente en lo que se refiere sobre todo a las comunicaciones, y en la que aparecía también como imposible la tipificación funcional de los elementos. Frente a este agregado, carente de todo módulo, Wren propone un plano claramente definido fundado en una geometría que se basa en la predominancia de la unidad de función, representada simbólicamente, y en la efectividad de la comunicación entre los elementos funcionales así definidos. Limitándonos a la parte que se ubica entre el Fleet y la Torre (en tanto que la parte del otro lado del Fleet sólo funciona como contrapeso visual en el propio plano), se observa una clara analítica de diferenciación de las funciones principales: la plaza triangular de San Pablo, la plaza elíptica de la bolsa, y el semicírculo de plaza que conecta con el puente de Londres y con el Tamesis (hay, además, otros lugares funcionales relevantes como la Torre, la Aduana junto a ella, etc.). Lo interesante es que se trata de edificios que representan funciones preexistentes que sólo ahora, con el plan, se hacen evidentes en su simplicidad. Junto a ello, y en una operación de complejidad creciente (que nos remite a una incipiente e informada teoría de las redes), se desarrollan las vías de comunicación directa, y lo más simple posible, entre estos elementos relevantes. El resto del plano se presenta como una solución racional a los problemas urbanos de la vivienda, de la producción

46 Si bien resulta difícil hablar en estos casos de un comienzo proyectivo ajeno a toda tradición. En efecto, tanto Wren como L'Enfant tienen ya a sus espaldas una experiencia histórica relativamente consolidada, lo cual es más evidente en la relación de L'Enfant con la colección de planos europeos de Jefferson (Morris, A.E.J., o.c., pp. 422-429). No obstante, si hablamos de una proyección ahistórica y ajena a la tradición en el sentido de que no hay acomodación a estructuras ya existentes a las que los planes, como un agregado más, se yuxtapondrían. En tal sentido, la proyección parte de la consideración de que el espacio a conformar se asienta, de un modo u otro, sobre una *tabula rasa* que, como tal, carece de cualquier valor restrictivo.

y del intercambio. Pero lo que nos interesa señalar es que, constituyéndose como realización basada en la metódica cartesiana, va más allá del tópico enrejado mecánico y muestra todas las potencialidades del cartesianismo. En el fondo, muestra todas las posibilidades del modo de proyectar que hizo posible la forma de pensar cartesiana.

Por otra parte, el plano de Washington se muestra como un desarrollo de los principios cartesianos fundado en una gran sensibilidad, paradójicamente, frente al escenario natural que representaba el río Potomac. Pese a ello, se crea un espacio que define de un modo sorprendente, por su simplicidad (es decir, por la falta de contaminación multi-funcional), los espacios relevantes de la estructura de la nación. Esta definición evidente, que se indica en puntos concretos, se desarrolla además por vías directas que rompen el enrejado y conectan entre sí, de un modo simple, los lugares relevantes. Se trata de un nuevo ejemplo de lo que el cartesianismo puede dar de sí en lo que se refiere a la proyección no comprometida con asentamientos preexistentes.

No entraremos en una crítica al programa cartesiano por su falta de comprensión de lo que supone cualquier realización más allá del proyecto. El propio fracaso del desarrollo visual de Washington es ya suficientemente evidente. Hemos mostrado las propuestas más altas y sensibles del cartesianismo porque incluso en ellas se presenta lo que es el verdadero escándalo del mismo: la conciencia del cuerpo como lo otro que sólo negativamente ha de ser tenido en cuenta. El cuerpo es en sí mismo aquello que yo no soy. Como dice el propio Descartes:

«Puis, examinant avec attention ce que i'estois, & voyant que ie pouvois feindre que ie n'avois aucun cors, & qu'il n'y avoit aucun monde, ny aucun lieu ... ie connû de la que i'estois une substance dont toute l'essence ou la nature n'est que de penser, & qui, pour estre, n'a besoin d'aucun lieu, ny en depend d'aucune chose materielle»⁴⁷

[«Después, examinando con atención lo que yo era, y viendo que podía imaginarme sin cuerpo y sin mundo ni lugar en que estuviese ... conocí de aquí que yo era una sustancia cuya esencia o naturaleza es pensar, y que, para existir, no tiene necesidad de lugar alguno ni depende de ninguna cosa material»]⁴⁸

El cuerpo no soy yo: yo sólo soy el pensamiento que piensa y que se piensa pensando. Si hemos indicado los planos de Wren y de L'Enfat ha sido tan sólo para mostrar cómo el cartesianismo (y sobre todo la experiencia proyectiva y realizativa que lo hicieron posible) no partía de una apología del damero monótono. Se trataba de ver que una experiencia proyectiva tal puede ser geométrica y visualmente bastante rica, para mostrar con ello que el cartesianismo urbanístico, y en especial la experiencia proyectiva que lo hizo posible y que el propio Descartes tematizó como generalización definitoria de la Modernidad, tenía su mayor escándalo en la desconsideración del cuerpo ubicado, el cual, como cuerpo agente, era uno de los referentes de la denostada, por agregativa, tradición medieval, como esperamos mostrar próximamente.

Resumiendo lo hasta aquí expuesto, hemos visto que no es Descartes quien condiciona temáticamente un modo de proceder sino quien es condicionado por el mismo. Asimismo, hemos visto brevemente que tal modo de proceder, elucidado y universalizado como método científico por el propio Descartes, tenía unas posibilidades bastante amplias. Con ello hemos indicado que lo que define en realidad a la propuesta cartesiana, y con ello a la Modernidad, es el radical olvido del cuer-

47 DESCARTES, o.c., Tomo VI, p. 33.

48 *Discurso del método*, o.c., p. 27.

po. La Modernidad presenta, pues, el siguiente aspecto: se proyecta a sí misma desde una posición que se pretende ajena al tiempo y a la tradición acumulativa que se expresa como espacio agregado; por eso mismo la Modernidad se expresa como espacio sistema planificado fuera de la historia y sin tener en cuenta al cuerpo sentiente y agente. El hecho de que la Modernidad proyectada tuviese su culmen en el enrejado de toda una nación, la norteamericana, no nos preocupa en sí mismo sino en tanto que supone un mundo puramente virtual en el que el cuerpo nada tenía ya que aportar. Lo cual ha supuesto, sin duda, un gran empobrecimiento. Finalmente, e invirtiendo paradójicamente estos presupuestos, hemos tratado de mostrar (que no demostrar) que, en última instancia, hay un lugar y un tiempo, en los que el cuerpo evoluciona, que permiten hablar de la ilusión de una existencia sin cuerpo. Nuestro cuerpo, de hecho, siempre vivirá, aunque no lo sepamos, incluso aunque no queramos, en el «modelo venerable».

(Abril 2000)